



# EL MUSEO UNIVERSAL.

NUM. 27. PRECIO DE LA SUSCRICION.—MADRID, por numeros sueltos á 2 rs.; tres meses 22 rs.; seis meses 42 rs.; un año 80 rs.

MADRID, 4.º DE JULIO DE 1860.

PROVINCIAS.—Tres meses 28 rs.; seis meses 50 rs. un año 96 rs.—CUBA, PUERTO-RICO Y ESTRANJERO, un año 7 pesos.—AMERICA Y ASIA, 10 pesos.

AÑO IV.

## REVISTA DE LA SEMANA.



Decididamente el asunto de la renuncia de Montemolin y don Fernando y de los manifiestos de don Juan, va pican-do en historia y amenaza entretener al público por largo tiempo. Nuestros lectores saben que cuando se estaba discutiendo sobre si don Carlos y don Fernando deberían ser juzgados y en este caso cuál habria de ser el tribunal encargado

de juzgarlos, se les ocurrió á los dos hermanos renunciar sus pretensiones, asegurando que lo hacian espontáneamente, que nunca jamás volverian á consentir que en su nombre se levantase bandera, que considerarian como enemigos á los que tal hiciesen, y que si salian de la prision en que se hallaban, ratificarian inmediatamente aquella renuncia como prueba de que solo su conciencia y el convencimiento de la inutilidad de sus esfuerzos les habian movido á hacerla. La renuncia fue en efecto tan espontánea, cuanto que al gobierno actual nada le importaba que no la hicieran, antes bien en cierto modo le habria convenido, y cuanto que don Juan cerciorado de su autenticidad se creyó llamado á suceder en sus pretensiones á sus dos hermanos mayores publicando un manifiesto al efecto, que fue seguido de otro, y no sabemos si este será el último.

Pues bien, despues de este ruido, ahora salimos con que don Carlos y don Fernando han escrito á la reina diciéndola que les es imposible ratificar su renuncia por-que habiendo consultado nada menos que á siete eminentes jurisconsultos, estos han opinado, no sabemos si por mayoría ó por unanimidad, que no hay términos hábiles en derecho para semejante ratificacion. Escudados con la opinion de los citados eminentes jurisperi-

tos, don Carlos y don Fernando mantienen sus pretensiones y ya que en virtud de esta nueva resolucion ha venido otro manifiesto anulando la renuncia y diciendo que lejos de tener por enemigos á los que levanten su bandera les tendrán por amigos y fieles vasallos. ¿Pero qué dirá á esto don Juan que habia ya tomado el nombre y las armas de rey y que se queda, digámoslo asi, vestido y sin trono? Prevemos una lucha fratricida que no solo dividirá profundamente la familia de don Carlos, sino que cundirá al partido que hasta ahora ha visto en ella la personificacion de sus ideas.

Es probable que don Carlos y don Fernando viendo que el partido carlista por las declaraciones liberales de don Juan se iba á quedar sin tener quien le representase, hayan querido sacrificarse y se hayan resignado á reinar. Todo es presumible de las diversas cualidades que segun ciertos periódicos políticos adornan á estos príncipes. Segun nuestras noticias don Carlos y don Fernando se reunieron en Colonia con muchos de los adictos á su causa y allí es donde se deliberó y donde se consultó á las siete lumbreras de la jurisprudencia á que hacen alusion en su carta. El asunto era gravísimo: se trataba de saber si don Carlos y don Fernando debian renunciar á un derecho imposible de convertir en hecho y que es mas bien una aspiracion, ó debian dejárselo á su hermano que habia mostrado deseos de hacer mal uso de él cuando llegara ese caso imposible de realizarlo. Los jurisperitos, pesando bien el pró y el contra en la balanza de Astrea, creyeron que no era lícito arrojar asi pretensiones tan preciosas aunque imposibles, y que debia recogerse la palabra dada.

De manera que se nos figura ver en don Carlos y don Fernando aquel hombre que segun una cancion antigua al hacer testamento dejaba á su hermano

Un olivar  
Que no está plantado  
Ni se ha de plantar.

que el Consejo de Estado y los miembros de la familia real se han entregado para preparar reformas convenientes á las Dos Sicilias. S. M. napolitana concede espontánea y benignamente una amnistía amplia y completa: despues se formará un nuevo ministerio encargado de dar la última mano y publicar una Constitucion segun las circunstancias la requieren; luego se adoptarán por bandera los colores italianos y se buscará la alianza con el Piemonte, y á mayor abundamiento se da á la Sicilia una administracion separada, se la hace partícipe de los beneficios de la Constitucion napolitana y se la regala *par dessu le marché* un príncipe de la sangre para gobernarla.

El telégrafo ha anunciado la adopcion de todas estas reformas que ya pronosticaban las cartas particulares. Estas sin embargo añadian que las concesiones hechas no serian sino provisionales, mientras la córte de Nápoles podia hallarse en circunstancias de proveer con un ejército austriaco y con nuevos elementos á las necesidades del régimen absoluto. Las cartas no tenian necesidad de decir nada de esto porque se conoce á legua. Pero de todos modos el hecho es que se ha decretado una Constitucion para Nápoles y Sicilia.

Sobre el resultado de esa Constitucion no puede haber en Europa mayor divergencia de pareceres que la que existe, pues mientras los unos creen que de esta suerte se ha asegurado la dinastía reinante en su trono y ha conjurado la tempestad que con tanta furia ha comenzado á descargar sobre su cabeza, otros opinan que las cosas han llegado á tal extremo que semejantes concesiones no harán mas que precipitar la caída de Francisco II haciéndola aun mas desairada de lo que hubiera sido en otro caso. No tardaremos en ver cuál de estas opiniones es la verdadera porque los acontecimientos van adquiriendo mayor velocidad á medida que el desenlace se aproxima.

Continúa Garibaldi organizándose en Sicilia, de cuya isla es enteramente dueño, á escepcion de Messina que se conserva todavía en poder de las tropas napolitanas. Habiase dicho que entre estas se observaban síntomas alarmantes de indisciplina, y se creia que al aproximarse el ejército de Garibaldi á la ciudad la desercion de la guarnicion y la sublevacion de los habitantes coincidirán con su presencia al pié de los muros. No sabemos el fundamento que tendrán estos rumores, ni es tampoco seguro que Garibaldi se haya propuesto atacar á Messina á pesar de haberse anunciado asi casi oficialmente. Los proyectos del dictador de Sicilia parecen ser desembar-

car en el continente y marchar sobre Nápoles. Si en efecto Messina no se subleva y se halla tan fortificada que necesitare un sitio largo y regular para tomarse, no extrañaremos que la insurrección no se detenga á establecerlo y pase adelante, segura de que despues de un triunfo en el continente Messina ó no ha de resistirse ó ha de costarle mas barata.

Se ha recibido noticia oficial de que los marroquíes tienen dispuestos unos 6.000.000 de duros en Mazagan para enviarnoslos. El señor Merry, cónsul de España en Tanger ha pedido instrucciones al gobierno, sobre la manera de encargarse de este dinero, y en primeros de julio habrá entrado probablemente en las arcas del tesoro. No se sabe si los marroquíes pedirán que se les eváque á Tetuan dando alguna otra garantía en cambio: si lo piden, una vez que no hemos de conservar esa ciudad, cuanto menos gastemos en ella mejor. Esto sin contar con el deseo natural en los numerosos batallones y escuadrones que allá quedaron de volver cuanto antes á su patria y con el que nosotros tenemos de que vuelvan. El cólera dicen que ha desaparecido de Tetuan y de Ceuta; sin embargo el general Rios, jefe del ejército de ocupación de la primera, se ha visto tan enfermo que se ha temido con fundamento por su vida. Los últimos partes de que tenemos noticia anuncian que se había aliviado bastante, aunque no estaba fuera de peligro. ¿Qué enfermedad es la que ha tenido el general Rios? No se ha dicho, de donde se deduce por algunos que ha sido el cólera.

En Málaga donde esta plaga ha hecho muchas víctimas, está ya á punto de cantarse el *Te Deum*; pero se ha presentado en cambio en algunos puntos de la provincia de Almería, si bien las disposiciones acertadas de las autoridades han conseguido disminuir sus estragos.

Han comenzado los calores y por consiguiente la emigración de las personas acomodadas, y las recepciones se han suspendido. Sin embargo acaba de llegar segun parece un ilustre personaje que si hemos de creer lo que dicen algunos periódicos dará hoy su primera recepción, la cual se espera que deje satisfechos á los concurrentes. Se trata de una hermosa pantera negra de Java tal y tan buena como la que llevaba el domador de fieras Morok en la novela el Judío Errante y de la cual el célebre Eugenio Sue se valió para una multitud de peripecias y situaciones dramáticas. Si vienen, como se dice, los dos leones del desierto que mandan de regalo los marroquíes, no dudamos que las recepciones seguirán cada vez mas brillantes.

El calor tiene alejado al pueblo de los teatros: ó mejor dicho los teatros están cerrados por causa del calor y de las moscas. Acabaron las representaciones de Tamberlik y han empezado las del Circo de Price. Los Eliseos se ponen en moda: las verbenas reemplazan á los bailes de máscara y de serio. Mucho nos vamos á divertir este verano.

Por esta revista, y por la parte no firmada de este número,

NEMESIO FERNANDEZ CUESTA.

## PRISION DEL REY DE FRANCIA

FRANCISCO I,

POR LOS ESPAÑOLES EN LA BATALLA DE PAVIA.

(CONCLUSION.)

XII.

Al salir el sol, y puesto el ejército imperial en el orden que hemos dicho, se vió avanzar á lo lejos, por la izquierda, el ejército francés, cuyo número era infinitamente superior al del ejército imperial.

Venia en la vanguardia el duque de Alenzon, con quinientos gendarmes ó lanzas gruesas, formidable caballería cuyo empuje era tan bravo, tan poderoso, que casi era imposible resistirle.

Estos gendarmes iban cubiertos de hierro.

A estos quinientos lanzas servían de resguardo cinco mil esguizaros, gente fuerte y escogida.

Seguían dos escuadrones de lanzas gruesas en número de dos mil hombres al frente de las cuales marchaba el rey de Francia, acompañado de Enrique de Labrit, que se titulaba rey de Navarra, del príncipe de Escocia, del almirante de Francia, del gobernador de Borgoña, duque de la Palisa, del conde de Saint Pol, y de mas de doscientos caballeros de la alta nobleza francesa.

Relumbraba de galas, de divisas, de penachos, este que podía llamarse el estado mayor de Francisco I, hasta tal punto, que comparado con los suyos, parecia miserable el atavío de los imperiales.

Seguía á estas lanzas, un escuadron de infantería (1) de los que se llamaban de la *Banda negra*, fuerte de quinientos mil hombres, y extendido en ala por la llanura.

Seguían un escuadron de quince mil esguizaros, otro de quince mil italianos, y por último, otro de diez mil gascones y bearneses.

(1) En aquellos tiempos todo cuerpo de soldados en llegando á cierto número, se llamaba escuadron, ya lo compusiesen infantes ó caballos.

Era, pues, triple el número del ejército francés, comparado con el número del ejército imperial.

Ademas, habian quedado sobre Pavia diez mil infantes italianos y franceses, para impedir que saliese de la ciudad Antonio de Leiva con sus tropas para ayudar á los imperiales.

XIII.

Sin aterrarse el marqués de Pescara, por la enorme ventaja numérica de los enemigos, habiendo adelantado algun espacio hácia ellos como para reconocerlos de mas cerca, se volvió y dijo á sus soldados:

«¿Qué os parece la soberbia de esos locos? El rey de Francia ha echado un bando, para que ningun francés, pena de muerte, tome un solo español á vida.»

Esto, que era falso, lo decia el marqués para emborazar á sus soldados.

Ya á este tiempo, los franceses habian puesto delante de sus escuadrones su artillería, que era buena y numerosa, y empezaron á disparar sobre los imperiales: los primeros tiros mataron algunos hombres de armas é infantes, por lo que Pescara mandó que el escuadron de infantería española, marchase al paso hácia la casa de Mirabel (que como hemos dicho estaba en el centro del parque) y pusiese junto á ella las dos únicas piezas de artillería de los imperiales, en un altito, y que desde allí rompiesen el fuego contra los franceses.

Llegó el escuadron junto á Mirabel, pasó con el agua hasta la rodilla el arroyo que corría junto á él, hicieron alto, pusieron en batería en el cerrillo las dos piezas y rompieron el fuego.

Pero este fuego se redujo á dos solos disparos.

Es decir, á los dos tiros que llevaban cargados los cañones, porque las yeguas que llevaban las municiones se espantaron y huyeron sin que pudiera dárseles alcance, y fue necesario abandonar allí la artillería por embarazosa é inútil.

XIV.

Entre tanto el duque de Alenzon rodeando una arboleda, avanzó sobre los imperiales, con quinientos gendarmes y cinco mil esguizaros, para tomar al ejército imperial la retaguardia cerrando el portillo por donde aquel habia entrado en el parque, y acometerle por la espalda.

Pero la infantería española, la alemana y los ginetes, no estaban donde Alenzon habia creído, y se encontró solamente con la infantería italiana.

Cuando este vió sobre sí tanta y tan buena gente de á pié y de á caballo, se apercebíó bravamente para rechazarla; pero el capitán Papapoda que estaba en la primera hilera, dijo:

«Páreceme que para resistir el ímpetu de esta gente, sería cordura recogernos á aquella alamedilla.»

—Mirad, capitán, respondió un alférez que estaba detrás de Papapoda con la pica en la mano, que ya no es tiempo de buscar esas seguridades á los que mas buscan honra que vida: acordaos de que, para este dia, os ha pagado el emperador muchos años: por tanto, no os mudeis de donde estais, que si no, tened por cierto que el primer picazo que dé será en vos.»

Acababa apenas el alférez de decir estas palabras, cuando las lanzas francesas y los esguizaros arremetieron contra el escuadron italiano, y con tal empuje, con tal furia, que en un momento desbarataron el escuadron, mataron ó hirieron á la mayor parte de los soldados, á pesar de que estos se defendían con gran coraje y mataban y herían tantos franceses, que estos á pesar de haber quedado victoriosos, se acobardaron y retrajeron de tal modo, que no fue posible hacerles entrar en batalla, reduciéndose á apoderarse de los dos cañones abandonados, y á utilizarlos haciendo fuego contra los imperiales.

Creyeron por entonces los franceses ganada la batalla, con la rota de los italianos, y empezaron á aclamar victoria por Francia.

XV.

Cuando el virey de Nápoles Carlos de Lanoy, vió el desastre de los italianos, gravemente cuidadoso por él, envió á su continuo el capitán Aguayo, con un aviso al marqués de Pescara, para que con la infantería española se metiese dentro del foso de la casa de Mirabel, y se fortificase allí, para recoger á la gente con mas ventaja; pero el valiente marqués que no habia perdido su serenidad por el pericance de los italianos, comprendiendo que era un despropósito el aviso que se le daba, porque meterse en Mirabel era encerrarse, y solo se podría resistir dos dias por falta de viveres, contestó al capitán Aguayo en alta voz que fue oída de todos los infantes:

«Decid al virey, que sin aguantar mas el daño que la artillería hace en los hombres de armas, acometa y rompa los enemigos, porque al fin el que espera da ánimo á su contrario: que yo seré luego en la batalla.»

Llevó esta respuesta al virey el capitán Aguayo, y volvió al punto y dijo al marqués:

«Señor, el virey manda que V. S. tome luego á Mirabel, como lo dice; que lo demás sería ir á buscar la muerte á sabiendas.»

—Decid al virey, repuso el marqués, que acometa á sus enemigos; que pues la muerte no deja de alcanzar á los que huyen, vale mas alcanzarla con honra, que huir con perpétua infamia.»

Y acabado de decir esto se revolvió con su escuadron sobre los enemigos.

XVI.

Tornó la infantería á pasar el arroyo; los continuos y criados del marqués se metieron en el escuadron, y yendo á vanguardia los arcabuceros en número de ochocientos, adelantó el marqués solo sobre su caballo el *Mantuano* y viendo tendida en el suelo una lanza de hombre de armas, mandó que se la diesen y poniéndola en la cuja volvió á arrojarla al suelo diciendo:

—«Quitadme alla ese estorbo.»

Y desenvainó la espada.

En tanto el capitán Aguayo llevó al virey la contestación del marqués, y el virey conociendo que aquello era lo que convenia, dijo á su escuadron:

«¡Ea señores! aquí no hay en qué esperar sino en Dios; por lo tanto yo ruego á todos que me sigais, haciendo lo que yo haré.»

Mandó ademas el virey al duque de Borbon que acometiese con sus hombres de armas, y al capitán Alarcon con la retaguardia.

El duque de Borbon, cuando oyó esta órden levantó las manos al cielo como dándole gracias porque le concedía una ocasion para mostrar al rey de Francia cuánto era su odio hácia él; y el virey, haciendo la señal de la cruz, y persignándose, tomó una lanza, y con su escuadron empezó á caminar en buen órden hácia los escuadrones franceses que se habian detenido.

XVII.

El rey de Francia andaba entre tanto discurriendo por entre sus escuadrones.

Iba magníficamente armado.

Montaba un poderoso caballo.

Llevaba sobre la armadura un sayo de brocado y terciopelo morado, y bordadas en él muchas *efes*, como iniciales no sabemos si de la palabra Francia ó de la palabra Francisco.

En el almete llevaba un gran penacho amarillo y morado, que caía hasta tocar la grupa del caballo, y de entre las plumas de este penacho salía una bandereta de cendal morado, con una salamandra dorada en una hoguera, y un mote alrededor que decia:

«*Ista vice et non plus.*» (1)

Junto á él iba el nombrado rey de Navarra Enrique de Labrit, con riquísimas armas doradas y sobrevesta de brocado verde, salpicada de veros morados, y el caballo encubertado de terciopelo pardo y fajas de oro.

Acompañaba ademas al rey el príncipe de Escocia, hermoso jóven de diez y ocho años: llevaba sobre las armas un sayo de brocado sembrado de cruces blancas, y al cuello una larga y gruesa cadena de oro, con un rico joyel.

XVIII.

Cuando Francisco I vió que la gente de armas de España iba sobre la suya dijo en alta voz:

«¡Ea, caballeros! pues esta gente viene como buenos á buscarnos, razon será que como á tales les salgamos á recibir.»

Mandó que el príncipe de Escocia, el duque de la Palisa, el conde de Saint Pol, y el mariscal de Montmoreney, adelantasen con la vanguardia á encontrar al virey de Nápoles que con su escuadron estaba cerca de los franceses.

En aquel momento, se oyó la robusta voz del virey, que lanzó ese grito de guerra tan temido en otros tiempos: ese grito de guerra, en que siempre se ha aclamado á la nacion, á la patria, como lo mas sagrado que podían aclamar los españoles aun en los tiempos en que en España la monarquía absoluta era una verdad:

«¡Lanzas en ristre!» habia gritado el virey: «¡á la ventura de Dios! ¡Santiago y cierra España!»

XIX.

Cerró con la violencia y el estruendo de una tromba el escuadron de los españoles, contra los gendarmes franceses que les salieron al encuentro: atronó el choque que la campaña: gran número de hombres de una y otra parte volaron de los arzones, como si les hubieran nacido alas, al primer encuentro; no se oía otra cosa que los golpes sobre los arneses, y los gritos de ¡Santiago y España! de los españoles: ¡San Dionisio y Francia! de los franceses.

Los relinchos de los caballos que salían de la batalla sin ginetes; el quebrar de las lanzas; las caídas de los caballeros; los alaridos de los lastimados; los ayes de los moribundos pisoteados por los caballos, todo era solemne, grande, espantoso, aterrador.

Los españoles, inferiores en demasía en número, por mas que lo hacían bien, y apretaban los puños á las lanzas, y las espuelas á los caballos, y sudaban á ríos,

(1) Esta vez y no mas.

lleva  
cese:  
Al  
en ta  
les d  
«Y  
hace  
ben,  
arma  
soco  
todos  
cabal  
Sa  
mañ  
de ar  
quier  
los g  
y qui  
Lo  
espa  
ellos  
ginet  
Así  
el val  
Palisa  
al cap  
En  
lor el  
metió  
arma:  
el ma  
de br  
dia en  
gunos  
perci  
soldad  
tar á  
Un  
derech  
dron  
engañ  
«¡E  
matar  
esto o  
(así ll  
cebeis  
hacia  
que es  
deseo  
nosotr  
volver  
por los  
Con  
los ene  
y á bu  
Debe  
que la  
parada  
cuando  
ro espa  
un bra  
esto es  
De e  
arcabu  
Cam  
frances  
gundos  
ya tan  
enzaño.  
Se ve  
En a  
brado á  
«¡Oh  
enemig  
Y con  
ceses,  
«¡S  
oracion  
El ma  
masa á  
menos  
Todos  
de ellos  
Un m  
imagina  
Seisci  
última  
Al fre  
su magn  
de Pesca

llevaban la peor parte, en tanto que los gendarmes franceses sin dejarlos parar casi los envolvían.

## XX.

Al ver el marqués de Pescara á los hombres de armas en tanto aprieto, se volvió á su escuadrón de infantes y les dijo:

«Ya veis, señores, como nuestra gente de armas, hace como buena lo que en sí es; y si revés ó daño reciben, será por ser tan pocos, que para cada hombre de armas español, hay tres lanzas francesas: id, pues á socorrerlos, y porque no sería acertado que fuésemos todos, salga el capitán Quesada con su compañía de arcabuceros, y váyalos á socorrer.»

Salió el capitán con doscientos arcabuceros, y tal maña se dieron, que llegando al lugar donde los hombres de armas españoles peleaban con los franceses, donde quiera que veían una cruz blanca, que era la divisa de los gendarmes, allí ponían la puntería, sin errar un tiro y quitando á muchos franceses los caballos y las vidas. Los disparos de arcabucería y el humo causaron tal espanto á los caballos de los enemigos, que muchos de ellos se salieron de la batalla sin poderlos contener sus ginetes.

Así murieron muchos nobles franceses: allí sucumbió el valiente y célebre almirante de Francia, duque de la Palisa, que habiéndose salido de la batalla y entregándose al capitán Chuchar, llegó un arcabucero y le mató.

Entre los españoles dieron clarísimas muestras de valor el virey de Nápoles y el duque de Borbon, que se metió cuanto pudo en la batalla ansioso de medir sus armas con las de un enemigo personal el rey de Francia: el marqués del Vasto, sostuvo noblemente su renombre de bravo: el capitán Alarcon que metió con la retaguardia en la batalla, se espuso tanto, que aunque mató algunos franceses, le derribaron del caballo y allí hubiera perecido á no socorrerle algunos arcabuceros, y un buen soldado, Jorge de Sevilla, se puso en gran peligro al quitar á un francés su caballo para dárselo á Alarcon.

## XXI.

Un poco antes el marqués de Pescara, que estaba á la derecha con la infantería, vió á lo lejos un grueso escuadrón de enemigos que marchaba sobre su flanco, y para engañar á sus soldados se valió de un ardid.

«Ea, mis leones de España! les dijo: hoy es día de matar la hambre de honra que siempre tuvisteis: para esto os ha traído Dios hoy tanta multitud de *pécoras* (asi llamaba el buen marqués á los franceses) en que os cebeis: mirad que aquel escuadrón que algo lejos viene hacia acá (y señalaba el escuadrón enemigo) me parece que es de los nuestros que están en Pavia, que con el deseo de ganar honra han salido y vienen á juntarse con nosotros: vamos, pues, á recibirlos, que juntos podremos volver sobre la mano izquierda, y entrar á nuestro sabor por los enemigos.»

Con esta ficción del marqués, y creyendo amigos á los enemigos, la infantería española marchaba animada y á buen paso hacia la infantería francesa.

Debemos advertir, para que no falte ningún detalle, que la infantería tedesca estaba firme en el campo, preparada para acudir á donde fuese necesario, y que cuando pasaba junto á ella desbandado algun arcabucero español, el coronel Micer Jorje salía, y asiéndole por un brazo le decía en su lengua tedesca: *Fermi, fermi*, esto es, quédate, quédate aquí.

De este modo reunió en su escuadrón mas de treinta arcabuceros.

## XXII.

Caminaba entre tanto la infantería española hacia la francesa creyendo los primeros que eran amigos los segundos, por el engaño de Pescara; pero llegaron á estar ya tan cerca, que no pudo sostenerse por mas tiempo el engaño.

Se veían claro las divisas y las banderas.

En aquel momento el marqués se volvió como asombrado á los suyos y les dijo:

«¡Oh cuerpo del mundo! ¡engañados venimos! ¡que enemigos son!»

Y como viese que se adelantaban los escopeteros franceses, gritó con voz terrible:

«¡Sus! ¡todo el mundo hincadae las rodillas haga oración, y nadie se levante hasta que lo diga yo!»

El marqués no pretendía otra cosa que ofrecer menos masa á la primera descarga de los enemigos: una línea menos alta, y por consiguiente menos vulnerable.

Todos se arrodillaron: solo quedó enhiesto, delante de ellos el marqués sobre el Mantuano.

## XXIII.

Un momento: cerremos los ojos y veamos en nuestra imaginación ese hermoso cuadro de la batalla de Pavia. Seiscientos españoles arrodillados rezando acaso su última oración.

Al frente de ellos, avanzado, altivo, gallardo, sobre su magnífico caballo don Fernando, Dávalos, marqués de Pescara, fijando una mirada grave, profunda, obser-

vadora en quince mil infantes franceses que avanzan y cuya vanguardia apunta ya los arcabuceros.

Es un cuadro patético al par que bravo.

Allí están juntos la piedad, la prudencia y el valor.

Cuanto constituye á los héroes.

¡Oh! ¡qué tiempos aquellos!

## XXIV.

Llegó un momento en que los escopeteros franceses hicieron fuego.

La descarga pasó, como sagazmente lo había previsto Pescara, sin matar ni herir á un solo hombre.

Cuando los escopeteros franceses que habían avanzado para disparar volvieron las espaldas para reunirse á su escuadrón y cargar de nuevo con arreglo á la pesada táctica de aquel tiempo, el marqués aprovechándose de ello gritó:

«¡Arriba mis leones! ¡Santiago y España! ¡á ellos! ¡á ellos, que huyen!»

Alzaronse los españoles y rompieron el fuego, tan sostenido y certero que parecían ser seis mil, cuando solo eran seiscientos.

Los enemigos no pudieron avanzar de donde estaban, ni un solo paso y caían por su misma multitud tan espesos, que las picas cayendo unas sobre otras parecían un cañaveral derribado por el viento: en diez minutos no quedó en pie ni un solo coselete de la vanguardia enemiga, y se encontraron despues franceses muertos con cinco arcabuzos en el coselete; tan e-peso y continuo había sido el fuego de los españoles: tan segura su puntería, pues cada uno de aquellos tiros era mortal.

Huyeron los infantes franceses tomando de través el campo, y pensando salvarse por la izquierda, dieron con los escuadrones de infantería del capitán Quesada, que habiendo recorrido ya á los hombres de armas españoles, acabó de dispersar á la infantería francesa.

## XXV.

Francisco I hizo un supremo esfuerzo: reunió los esguizaros, y fué con ellos á atacar á la infantería española: pero al pasar por delante del escuadrón de infantería alemana, salieron los arcabuceros españoles que el coronel Micer Jorge había recogido, y á su sola vista huyeron los esguizaros, por lo que decía despues el rey Francisco: «que no le habían vencido sino los arcabuceros españoles, que donde quiera que había ido los había hallado.»

En fuga ya los esguizaros, les salió al encuentro una banda de arcabuceros, que habían llegado desbandados á la artillería francesa y la habían tomado, y acudían á socorrer á sus compañeros á quien habían visto amenazados poco antes por aquella multitud que ya entonces huía; esto fue lo postrero de la batalla: los franceses de todas armas huyeron hacia el Tesino para salvarse.

Solo quedaban combates parciales, en grupos, en detalles.

## XXVI.

Entre tanto Antonio de Leiva, que poco antes se encontraba sitiado, enfermo en Pavia, desde una de cuyas puertas, sentado en una silla, había presenciado la batalla, había entretenido para que no pudiese tomar parte en ella, con mil soldados españoles y alemanes, á un cuerpo de diez mil franceses que habían quedado manteniendo el sitio.

## XXVII.

Francisco I se quedó solo.

Su brillante ejército, disperso en pocas horas, huía á su vista en todas direcciones.

El rey de Francia huía tambien á todo el correr de su caballo hacia el puente del Tesino.

De improviso repara en él un hombre de armas de la compañía de don Bernardino de Mendoza; pone espuelas á su caballo y se lanza en seguimiento del rey.

Pero el rey le llevaba una gran delantera.

Se escapaba.

El hombre de armas que le perseguía, el vizcaino Juan de Urbeita el Mellado, desespera de alcanzarle: de repente ve pasar á un arcabucero de los que andaban desbandados matando franceses á discreción.

«¡Espera! le dice: aquel caballero que huye, que se acerca al río, es el rey de Francia: yo no puedo alcanzarle: que le alcance tu arcabuz.»

El arcabucero, mira, apunta, hace fuego, el caballo del rey se detiene un momento, despues, vacila y cae.

Francisco I queda sujeto por una pierna bajo su caballo.

Juan de Urbeita llega, hecha pié á tierra, pone la punta de su espada en el rostro del rey:

«¡La vida! ¡la vida! ¡yo soy el rey de Francia! exclamó Francisco I en mal castellano.

«¡Rendíos! esclama sin retirar la punta de su estoque, Juan de Urbeita.

«¡Me rindo al emperador! contestó el rey.»

En aquel momento por uno de esos postreros accidentes de las batallas, ve Juan de Urbeita, que algunos gendarmes franceses cercan al alférez de su compañía, y pretenden quitarle el estandarte.

Juan de Urbeita necesita socorrer á su alférez.

El rey de Francia no puede ya escapar porque han sobrevenido, y le cercan el arcabucero que mató su caballo y algunos otros.

Entonces Juan de Urbeita se levantó la visera y enseñó su dentadura mellada á Francisco I.

«Hacedme una merced, dijo al rey de Francia.

«Te la otorgo, respondió Francisco I.

«Por esta mella podreis reconocer siempre al que os ha rendido.

«Te reconoceré á fe de caballero:

Juan de Urbeita montó á caballo y libró de los gendarmes el estandarte de su compañía.

El arcabucero que había muerto el caballo del rey, y que se llamaba Diego de Avila, pidió á Francisco I, y este le dió, la manopla derecha que estaba harto ensangrentada y su espada, que hemos tenido en la Armería Real, hasta que se la llevaron otros franceses.

## XXVIII.

Francisco I no quiso entregarse al duque de Borbon, pero se entregó al virey de Nápoles, Lanoy.

Poco tiempo despues fue traído á Madrid, donde estuvo encerrado algunos dias en la torre de los Lujanes, hasta que fue trasladado á una torre del alcázar.

## XXIX.

Tal es el glorioso recuerdo unido á esa vieja casa que hoy se derrumba.

Pero la torre conservará enhiesto su fuerte muro, aunque cubierto con un sudario de cal, y coronado por un tejado prosáico.

¿Por qué no se restaura esa torre? ¿Por qué el arte no la devuelve su antiguo aspecto, sus almenas, sus saeteras, sus estrechas ventanas árabes?

¿Por qué no se clava en su muro una lápida con una inscripción, que cuente á todo el mundo nuestra hazaña de Pavia?

Deseamos que el que pueda hacerlo, piense en ello, y nos devuelva un monumento, que si por fortuna no ha sido destruido, no ha podido escapar de ser desfigurado (1).

MANUEL FERNANDEZ Y GONZALEZ.

22 junio, 1860.

## NACIMIENTO DE FELIPE II.

Alegre y engalanada multitud se agrupaba en la corredora de San Pablo de Valladolid, y en la ancha plazuela, que delante del antiguo convento dedicado al Apóstol se estiende, el día 22 de mayo del año de gracia 1527. Las coladuras de las ventanas, el estampido de las bombardas, el repetido tronar de cohetes y voladores, el repique de las campanas en los cristianos templos, el incesante bullicio y los gritos de alegría de la multitud que con harta frecuencia se estrechaba codeando para dejar paso á los coches de los magnates y á las sillas de manos de los hidalgos, bien claro indicaban que algun importante acontecimiento había tenido lugar en la régia morada.

Y en efecto: poco mas de un año hacia que el emperador Carlos V, accediendo á las repetidas instancias del reino junto en córtes, había celebrado su matrimonio en la ciudad de Sevilla el 10 de marzo de 1526 con la infanta doña Isabel, hija de don Manuel y doña María, reyes de Portugal, cuando el día 21 del citado mayo aseguraba la sucesion á la corona de los vastos dominios españoles, el nacimiento de un príncipe.—El carácter del futuro soberano, aquel asombroso dominio que siempre tuvo sobre sí mismo, parece se lo inculcó su augusta madre al nacer, si no miente la tradicion al referir las palabras que pronunció esta señora en los momentos del parto. Como este fuera muy difícil, y la régia paciente estuviera sufriendo crueles dolores, la matrona que la asistía viendo el silencio y la impasibilidad de doña Isabel, la escitó á que desahogara su dolor prorumpiendo en quejas; pero la digna esposa de Carlos I contestóle con admirable resolucion en el idioma de su país, «naon me faleis tal, minha comadre, que en morrerei mais naou gritarei.»

Ya desde las primeras horas del día 21 había cundido la fausta nueva por toda la ciudad de Valladolid, residencia ordinaria, en aquella época, de la corte, y el católico emperador había pasado á la inmediata iglesia del convento de San Pablo á dar gracias al Hacedor Supremo por el beneficio que le había concedido.

Había de trascurrir cerca de un siglo todavía para que Felipe III comprase al duque de Lerma unas antiguas casas, que este tenía en la misma plazuela de San Pablo, y para que edificase en su lugar el palacio que hoy subsiste como propiedad del real patrimonio; y la au-

(1) Despues de concluido este artículo, se nos ha dicho, que el conde de Oñate, propietario de la casa y de la torre, no puede hacer nada en ella, porque existe una real orden, que considerando este edificio monumento nacional, prohíbe que se haga nada en él: elogiamos con placer esta disposición, que prueba que el gobierno se acuerda de nuestros glorias: pero elogiaríamos mucho mas la ley que decretase la espropiación de este edificio por el Estado, y su inmediata restauración.

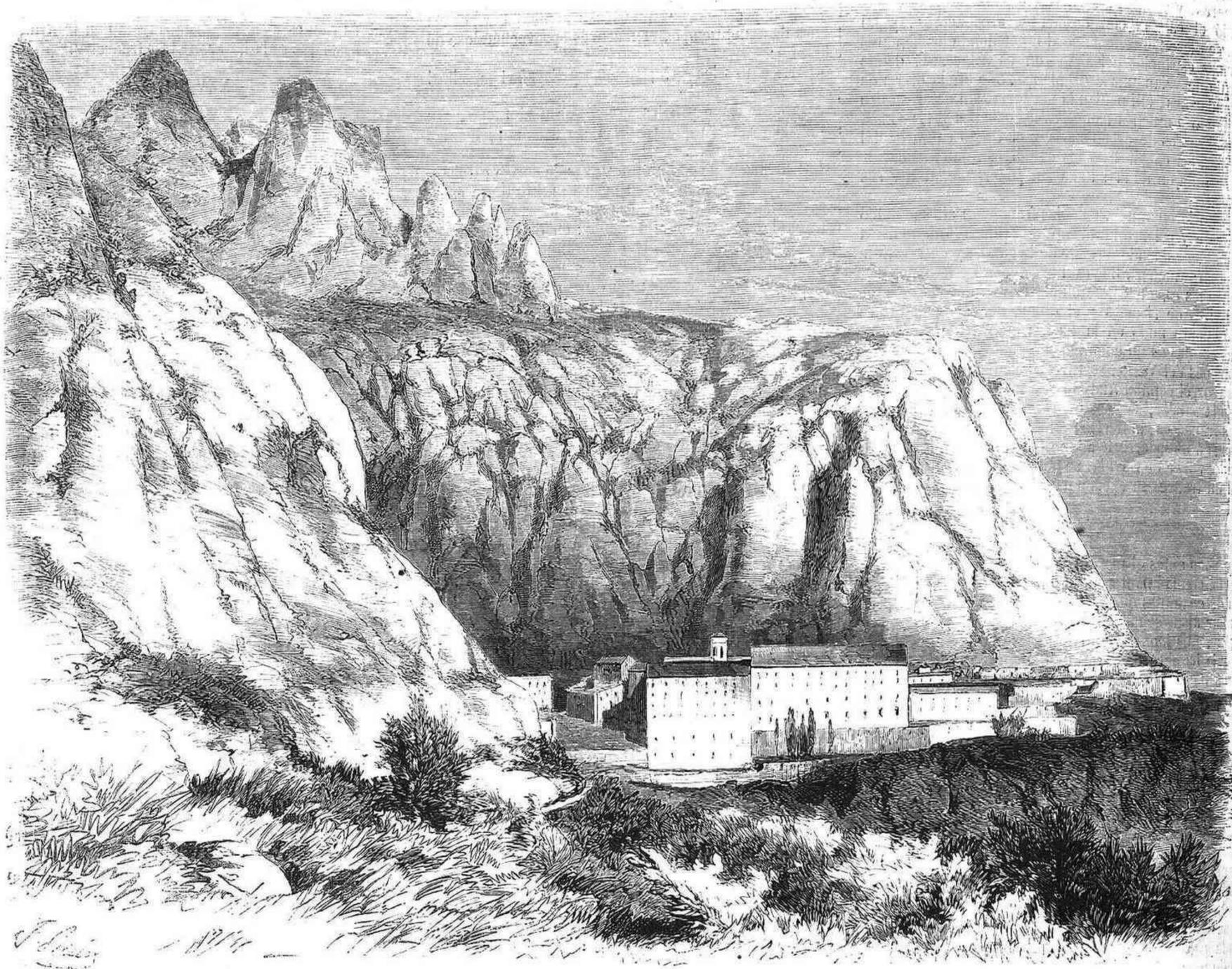
gusta familia habitaba en las casas del conde de Rivadavia, uno de los mas distinguidos magnates de la corte de Castilla. Grandes preparativos hacíanse para la solemne ceremonia del bautismo del príncipe imperial, el citado día 22 de mayo que siguió al de su nacimiento, y al efecto para evitar que la muchedumbre, que cada vez iba en aumento, obstruyese el paso á la real comitiva, levantóse un pasadizo desde la escalera principal del palacio, que cruzando una de las rejas bajas del edificio, conducía á la iglesia de San Pablo, prolongándose hasta el altar mayor. Entrelazadas ramas de naranjos y limo-

neros, tejidas con flores y frutas, cubrían en forma de bóveda la galería, y levantábanse arcos triunfales á sus extremos, y preciosos retablos á los lados con veneradas imágenes.

Casi á punto estaba todo para la solemne ceremonia, cuando atravesando á galope por entre la compacta multitud un correo cubierto de polvo, apeóse á la puerta de palacio. Muchos y muy diversos comentarios se hicieron acerca de aquel acontecimiento y hasta á olvidarlo empezaban ya los vallisoletanos, absorbida su atención con el curioso deseo de ver la ceremonia bautismal, cuando la

mas viva sorpresa pintóse de repente en todos los semblantes al saberse la inesperada nueva de que la fiesta se suspendía.—Como acontece siempre formáronse multitud de conjeturas acerca de la causa que tal determinación motivara, y probablemente la mayoría de la gente del pueblo lo hubiese ignorado aun algunos días; si un oficioso escudero, que salió de palacio con dirección á la vecina iglesia, no hubiese dicho dirigiéndose á un grupo, en el que parecían hallarse sus deudos y parientes.

¡Buena desgracia tenemos! El condestable duque de



MONSERRAT. — VISTA DEL CONVENTO.

Borbon, general de las tropas imperiales en Italia ha asaltado la capital del orbe cristiano y ha hecho prisionero al papa Clemente VII en el castillo de Sant Angelo. Ya veis cuán grande habrá sido el pesar de nuestro ca-

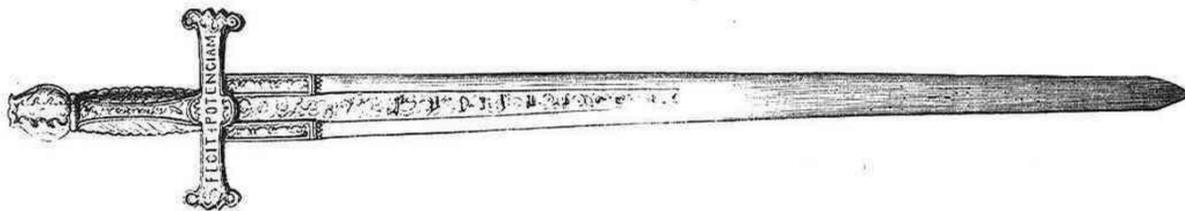
remitiéronse cartas á Roma para la libertad del papa, y mundáronse continuar los preparativos de la ceremonia bautismal, cuya celebracion fijóse para el día 5 de julio. La improvisada galería de comunicacion entre el palacio

salero, el marqués de Villafranca con la vela, y el de los Velez con el alba. La reina de Francia doña Leonor y el conde de Nasau, padrinos del recién nacido cerraban la lujosa comitiva con el duque de Bejar, detrás de los cuales marchaban deslumbrantes de lujo y esplendor multitud de damas y caballeros así españoles como alemanes y franceses.

Bien pronto los cánticos de gloria de la música sagrada dejaron comprender á la entusiasta multitud que el príncipe acababa de recibir el bautismo de manos del arzobispo de Toledo, á quien acompañaban vestidos de pontifical los obispos de Palencia y Osma, llevando desde aquel día el augusto recién nacido en recuerdo de su abuelo paterno el nombre de Felipe.—Las solemnes fiestas que Valladolid tenía dispuestas por el anhelado nacimiento, empezaron apenas regresó la comitiva real á palacio. Vistasas comparsas danzando al son del tamboril y la dulzaina recorrían las calles, abundantes limosnas recibían los mendigos, altas cucañas levantándose en las plazas, en anchos tableros aplaudían los menestrales las varias escenas del naciente arte de Lope de Rueda, y todo era animacion, todo alegría.

Pero cuando rayó en frances el entusiasmo de los vallisoletanos fue el siguiente día 6, en cuya tarde corrieron toros y cañas en la Plaza Mayor con asistencia de la reina de Francia y de la corte toda; fiestas en que lució su varonil apostura y nunca domado valor el afortunado padre del futuro Felipe II.

Largo tiempo duraron estas fiestas, cuya terminacion esperaban los primeros teólogos de España para celebrar la memorable junta, que al fin empezó sus sesiones el 27 de junio, con objeto de calificar varias proposiciones de las obras de Erasmo.—Todo cuanto rodeó la



ESPADAS GANADAS A FRANCISCO I REY DE FRANCIA, EN LA BATALLA DE PAVIA.

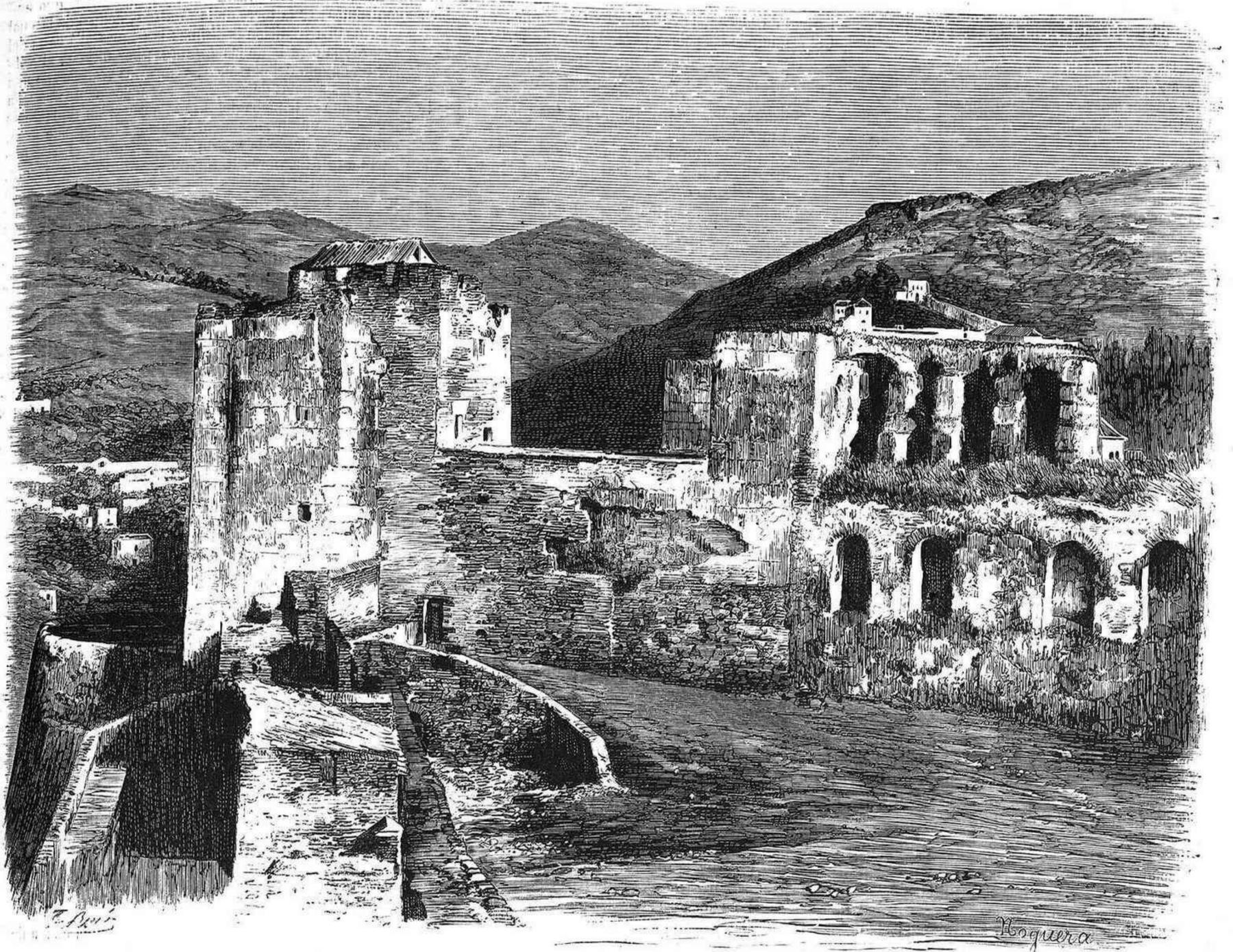
tólico emperador por el punible exceso del Condestable. El bautismo se ha suspendido, y en breve saldrán cartas para todos los prelados del reino, á fin de que se hagan rogativas en todo él, para pedir al cielo conceda la libertad al santo padre.

Las noticias del cortesano no eran inexactas. Carlos I con una política á que en el lenguaje de hoy llamaríamos transparente, mandó hacer rogativas para que el pontífice alcanzara la libertad, que, según la exacta frase del señor Sangrador, «estaba en su mano conceder.»

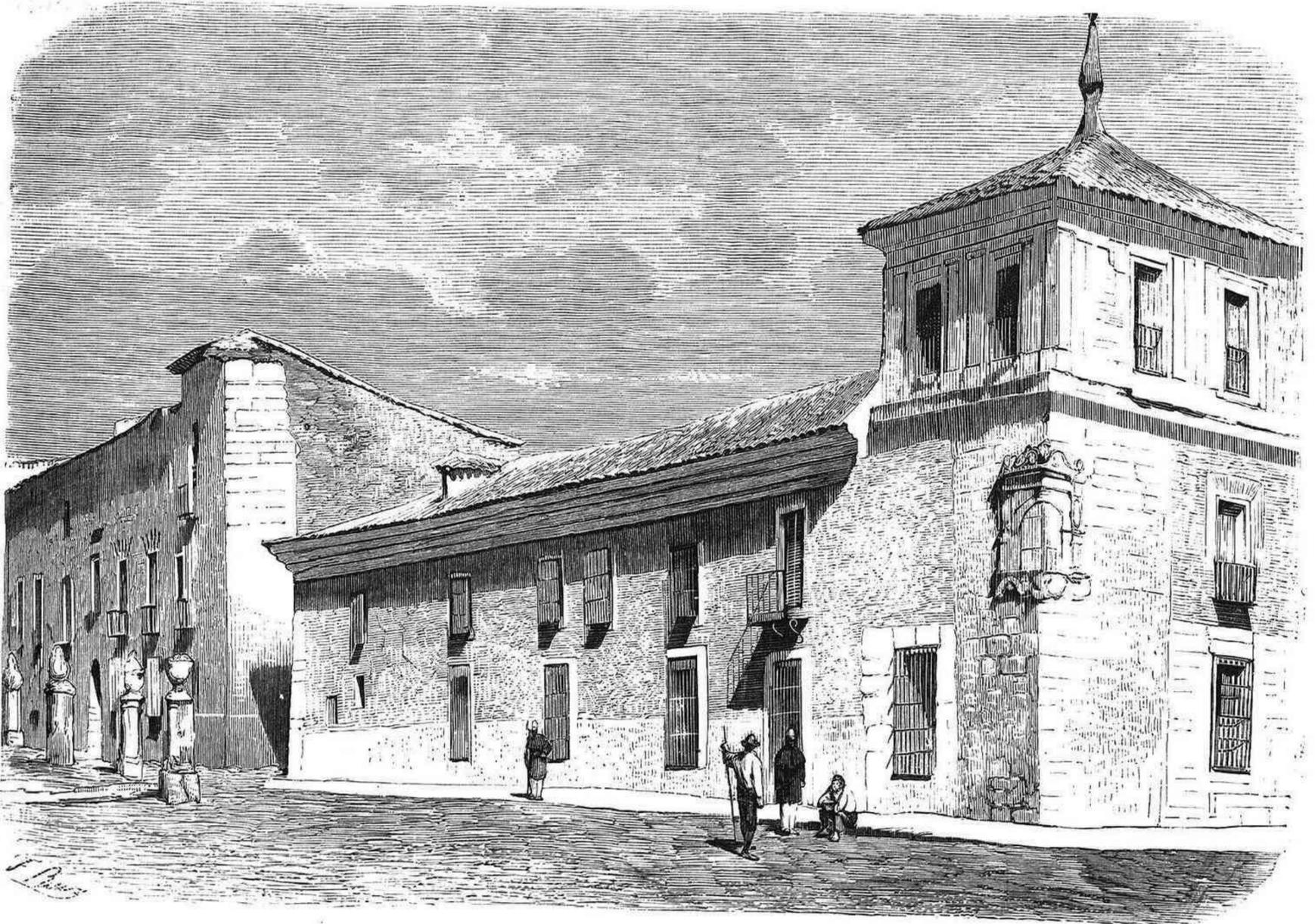
Pero no fueron vanas las católicas disposiciones del emperador. Las ordenadas rogativas casi antes de haberse verificado hubiera de producir su efecto, pues en breve

y el convento, volvióse á adornar con ramos y con flores, alzaronse nuevos arcos de triunfo, levantáronse mas vistosos altares, las casas se adornaron con mayor ostentacion, y la multitud acudió en tropel, viniendo hasta de las mas apartadas regiones de nuestra Península.

El repique de las campanas y las notas de la real capilla que elevaban bajo las bóvedas de San Pablo el himno solemne del *Te Deum*, anunciaron la salida de la real comitiva. Iba en brazos el príncipe del Condestable de Castilla que compartió su honorífico encargo con el duque de Alba que á su lado marchaba para alternar con él en tan honrosa distincion. Seguíanles el conde de Salinas llevando las fuentes, el de Haro con el



ALHAMBRA DE GRANADA.—TORRES Y ADARVES ARRUINADOS DE LA PUERTA DE HIERRO.



CASA EN QUE NACIÓ FELIPE II, EN VALLADOLID.

aurora de Felipe II estaba en armonía con el carácter que había de desplegar al ceñir la vasta corona del emperador.

Las casas en que nació el *prudente rey*, subsisten por ventura, aunque ofreciendo poco de notable bajo el aspecto del arte. Conservadas con esmero por su actual propietario el Excmo. señor don Mariano Reinoso, que algún día mereció ser llamado á los consejos de la Corona por nuestra reina, conservan su estenso patio, sus dilatadas habitaciones, aunque renovadas en su mayor parte, y una ventana con buenos adornos de la época del renacimiento en el mismo ángulo que forma el lienzo de la casa que mira á la Corredera y el que da su frente á la plazuela de Palacio. No es sin embargo aquella la histórica ventana que convertida en puerta, dió paso á la real comitiva para el bautismo del príncipe don Felipe: lo es sí una de las rejas que se hallan en el lado de la plazuela, cuyas dos hojas aun se ven entrelazadas por medio de una gruesa cadena. El grabado que acompañamos á este número presenta el monumental edificio en el buen estado que se conserva gracias al esmero de su actual poseedor, que quiera Dios continúen dignamente los que le sucedan en la posesion de tan histórico edificio.

ADAR.

## LA ALHAMBRA (1).

(CONTINUACION.)

## IX.

Dejemos la plazuela de San Nicolás.

Subamos á aquel monte rojo que domina á Generalife y á la Alhambra y que constituye el último término de la perspectiva por nuestra izquierda.

A la *Silla del Moro*.

Volvamos; atravesemos la plazuela de San Nicolás, pasemos entre su torre y su aljibe; adelantemos.

Sucesivamente pasaremos por la Puerta Nueva, bella ruina de la *Alcazaba Vieja*, la plaza *Larga*, corazón del *Albaicín*, la calle de *Panaderos*, la plazuela del *Salvador*, dejando á nuestra derecha la iglesia del mismo nombre, la antigua mezquita mayor ó *Granle Aljama*, con su patio y su fuente de ablucion y sus arcos de herradura; descenderemos por la cuesta del *Chapiz*, llegaremos al río *Darro*, le pasaremos por el puente del *Diablo*, y torciendo por la derecha del paseo de las *Cornetas*, bajaremos por una estrecha cuesta á la margen izquierda del río.

Desde aquí veremos, mas altos que nosotros, una cuesta que asciende, el principio de la áspera cuesta de la Alhambra; á la izquierda de ella un barranco: atravesando este barranco un acueducto de arcos de fábrica rojiza y sumamente esbelta, en los que se apoya un pequeño y pintoresco molino harinero: frente á este, á la derecha de la cuesta hay otro molino: á la derecha y á la izquierda cármenes sombríos: un arroyo claro y ruidoso pasa por el fondo del barranco, bajo los arcos del acueducto, regando diminutos huertos á los que hacen sombra las cortaduras revestidas de hiedra que caen á largos festones de un lado y otro del barranco.

Tras el acueducto, por entre sus arcos, se ve una cortadura, entapizada tambien de verdor sobre la cual, al pie de la tapia y del postigo del que se llama *Bosque de la Alhambra*, asciende la cuesta de este mismo nombre.

Miremos por cima de esta tapia.

Veremos á la Alhambra á vista de topo en detalle: en cambio muy pronto la veremos á vista de pájaro en toda su estension.

Sobre la tapia se levanta un áspero lado de la colina, cubierto de álamos frondosos, sobre los árboles, la torre de Comares, el Mirador de la Sultana, una torre sin nombre, que pertenece al que dentro de la Alhambra se llama *Cármén de Teruel*, y por último, unos verdes lienzos de muralla.

Este detalle de la Alhambra, visto desde el lugar que hemos indicado, con su barranco sombrío, su claro arroyo, su acueducto, sus molinos, su cuesta tortuosa, su tapia, sus árboles y sus torres, es completamente encantador: es la sorpresa de un paisajista, la alegría de un poeta: allí hay recuerdos, flores, verdura, sombra, ambiente fresco, puro, odorífero: contrastes: una composición hecha por la naturaleza y por el acaso, que bien copiada produciría un cuadro bellísimo.

Pero de tiempo en tiempo con suma frecuencia, por las mañanas temprano y á la caída de la tarde, aquel bello lugar toma de repente un aspecto siniestro, producido por un grupo lúgubre, que trepa en paso sostenido y á compás por la Cuesta de la Alhambra.

Aquel grupo le componen un ataúd de las *Animas* en que va el miserable cadáver de un pobre, en hombros de cuatro sepultureros harapientos, sin que una sola persona acompañe al difunto.

Los entierros ostentosos, van por la calle de los Gómeres.

Los de los pobres, por las solitarias y ásperas quebraduras del barranco de la Alhambra.

(1) Véase el núm. 25.

Porque este barranco, si bien es el camino de dos lugares de placer, la Alhambra y Generalife, es tambien el camino de los pobres para el cementerio.

## X.

Subamos, pasemos por entre los dos pequeños y ruidosos molinos.

Muy pronto, torciendo á la izquierda, los veremos á nuestros piés, y al acueducto y al río, y al paseo de la *Carrera del Darro*.

Mas alto que nosotros veremos el Albaicín en último término.

Adelante y á la derecha.

Nada se ve ya, mas que la cortadura del barranco, cubierta en sus retallos de higueras chumbas, una tapia alta y vieja á la izquierda, y delante el pendiente y arenoso fondo del barranco.

En la parte media de la subida debemos detenernos. La Alhambra vuelve á presentárenos en detalle.

La pendiente ha dejado de ser áspera.

Volviendo el rostro al lugar por donde hemos llegado allí, veremos un muro alto, negro, restaurado, en el cual quedan señales de edificios, sin duda torres, ó tal vez adarves que debieron estar unidos á él y que han desaparecido: cerca de nosotros, mas allá de una ligera prominencia del terreno cubierto de césped húmedo de color de esmeralda, formando un ángulo recto con el muro alto, veremos asomar el arco rebajado de la pequeña *Puerta de Hierro* con su marco de piedra berroqueña amarillenta y carcomida, moldeado segun el gusto gótico, en maridaje con el Renacimiento: sobre la clave se ve la empresa de los Reyes Católicos: esto es, un yugo y un haz de flechas con la leyenda: *Tanto monta*: en las dos hojas chapeadas de hierro de este postigo, se ven numerosos agujeros causados por balas de falconete, mosquete y arcabuz, que deben pertenecer á la fecha de las guerras civiles de Granada antes de la conquista.

Corre el bajo muro de esta puerta, tan bajo que no tiene mas altura que la de una tapia hasta un ángulo en que á la misma altura de la tapia, se levantó una defensa acasamatada, y las torres y adarves arruinados de la Puerta de Hierro.

Por cima de la puerta y de la casamata y á cien pasos de distancia, se levanta, formando ángulo recto con el alto muro de la izquierda, la esbelta, la bellísima, la fuerte torre de los *Picos*, que perdido su nombre árabe, se llama sin duda así, por sus puntiagudas almenas reales; con su elegante agimez tapiado y sus tres bellísimos canales en cada ángulo.

Esta torre es un testimonio de la resistencia incalculable de las antiguas murallas de la Alhambra, compuestas únicamente de argamasa, de tierra y cal.

En el frente de la torre que corresponde casi paralelamente á la Silla del Moro, se ven las señales apenas marcadas de balas de á treinta á seis: pues bien; aquellos proyectiles que chocaban contra la torre con toda su fuerza, apenas han podido desconcharla, dejar allí su huella: algunas de las señales están marcadas á un pié de distancia de las aristas y sin embargo las aristas han resistido, cuando el mármol cede y deja marcado el paso de la bala.

Las baterías francesas de la Silla del Moro fueron impotentes contra la vieja fortaleza: entonces los ilustrados soldados del gran capitán moderno apelaron á la mina, á las voladuras.

No querían que España, el país al que decían traer una misión civilizadora, poseyese una joya tal como la Alhambra.

Pronto, muy pronto encontraremos sobre nuestro camino el testimonio indudable de la barbarie de aquellos vencedores del mundo.

## XI.

A la derecha del lugar en que nos encontramos, apoyada en una ladera, hay una rústica casilla que sirve de puesto á un individuo del resguardo, y un poco mas arriba, el camino que conduce á Generalife.

Sigamos de nuevo nuestro ascenso.

Al pié de la colina de Generalife, á la izquierda, bajo las ramas de los árboles de una huerta, serpea un estrecho camino: á la derecha de él corre un arroyo; despues hay en la umbría que producen los muros y torres de la Alhambra, á cuyo pié marchamos, un terreno cubierto de césped, y accidentado por prominencias angulares.

Aquellas prominencias, cubiertas de musgo verde gris, las constituyen colosales fragmentos de muralla.

Acercaos á esos fragmentos.

Encontrareis en ellos los barrenos partidos; los barrenos que las volaron.

Mirad el muro que está en pié.

No es ya el antiguo é inespugnable muro árabe, sino un muro débil de piedra y tierra, que ha cubierto el lugar de las brechas que dejaron abiertas las minas francesas.

Esas murallas yaciendo por tierra, esas pobres restauraciones, esas torres rajadas que se levantan ante nosotros, son los vestigios de que os he hablado, y que enaltecen la civilización de los que nos hicieron la guerra, á título de regeneradores.

Esa primera torre maltratada y desalmenada que encontramos, es la torre de la *Cautiva*, dentro de la cual duerme una tradicion bellísima: la de mas allá es la del *Tesoro*; la otra la de las *Infantas*; por último, al volver un ángulo del barranco, vemos los vestigios de una torre, las señales de sus escaleras únicamente: aquella torre, que se llamaba del *Agua*, á causa sin duda de su inmediacion á un acueducto de piedra de un solo arco, que da paso desde la huerta de Generalife, al agua que surte á la Alhambra, la torre del *Agua* decimos, era, segun afirman los viejos que la conocieron íntegra, la mayor, la mas hermosa del recinto de la Alhambra: volada tambien por los franceses, ni aun sus escombros quedan.

En su rota adherencia con los muros, debía existir para honra del primer imperio francés, una lápida con la historia de la destruccion de la torre.

## XII.

Cuentan que los franceses al evacuar á Granada, habian minado completamente la Alhambra, y que un viejo inválido, tuvo valor bastante para cortar los efectos de la mina, reduciéndose las voladuras á los muros de la parte alta de la Alhambra: pero quedan torres en pié, entre uno y otro lugar donde se ven efectos de esplosiones, y es mas acertado creer que los mismos franceses, asustados ó avergonzados de lo que hacian, tuvieron compasion del monumento y no continuaron su obra de destruccion.

## XIII.

Torciendo á la derecha, pasando bajo el arco del acueducto, adelantando cien pasos, nos encontramos fuera del callejon formado por la cortadura del barranco y los muros de la Alhambra.

A nuestra derecha vemos prolongarse un paseo, que desciende en suave declive con sencillos jardines, acotados por una valla de sauces, recortados á dos tercios de metro de altura, y plantados de hermosos álamos que cruzan sus ramas sobre el paseo, formando sobre él una sombría bóveda de follaje.

Siguiendo la línea de este sencillísimo y bello paseo, se prolonga mirando al Mediodía el lado de la Alhambra paralelo al barranco por donde hemos venido.

No es nuestro camino ese paseo.

Sigamos.

Hemos dejado á la izquierda la puerta de la huerta del Generalife, y vamos á seguir á lo largo de su vallado de sauces, teniendo á la derecha la deprimida colina de las *Barreras*.

A unos cuatrocientos pasos, seguiremos á la derecha este mismo vallado dejando al fin de marchar por el camino del *Haza de la Escaramusa*, ó si quereis mejor, el camino de los muertos que hemos traído desde el puente del *Diablo*; el camino del *Cementerio*.

El terreno sube.

A nuestro frente, á un tiro de fusil veremos abrirse el pequeño barranco que separa la Silla del Moro, del *Cerro del Sol*: nosotros no tenemos que pasar por ese barranco, camino de los leñadores de *Dar-al-Huet* (1); doblaremos nuestra marcha á la izquierda, entre la huerta de Generalife y la falda de la Silla del Moro.

A la mitad de este camino antes de llegar á la vertiente occidental del monte, encontraremos un gran receptáculo cuadrado, un estanque en que permanecen durante un año las aguas llovedizas, que se llama el *Albercon del Negro*.

Quedan en él, un arco cegado, dos trozos de muralla cortados en la direccion del acceso del monte y un pequeño terraplen.

Aquel estanque que se dice fue baño de las mujeres del rey moro, debió estar cubierto, y pertenecer á edificios de que ya no quedan vestigios.

Continuando se llega á la estremidad occidental del monte, á una pequeña era, y se encuentran fragmentos de murallas arrojadas, como desquiciadas desde la altura.

Se sube por el áspero repecho, se llega á un resto de cimiento de muro, y se pisa en fin la planicie del monte.

Este cimiento, un ángulo de torre, el aljibe llamado de la *Lluvia*, los restos de una noria, y una estensa neu-maquia, son los únicos vestigios que quedan en la Silla del Moro, y en el Cerro del Sol, de aquel palacio de los *Alijares* tan ponderado por la tradicion, del cual nadie tiene memoria, y del que dijo un romance morisco:

... los Alijares,  
altos son y relucian;  
el moro que los labraba  
cien doblas ganaba al día,  
y el día que no los labra  
otras tantas se perdía.

Y allí, allí otra vez, sobre la cumbre de aquel monte, el irritante recuerdo de la invasion francesa: allí el camino cubierto, la esplanada, los fosos, las baterías, los cuarteles abiertos en la tierra, del ejército francés; allí todavía, por incuria ó por desden, la huella del odiado extranjero.

(1) En árabe, casa del río; hoy ese lugarejo se llama Casa-gallinas.

## XIV.

Mi imaginación va con mucha frecuencia á la cumbre de aquel monte, pero sería para mí muy doloroso, el encontrarme realmente en él.

No sé, no sé, si iré alguna vez allí donde he ido tantas veces cuando era niño.

Todo cuanto yo amo, todo cuanto he amado, todo cuanto he perdido, se me presentaría allí, mudo, doloroso, terrible: la patria, el hogar, la familia.

Bajo mi planta, aquel campo atrincherado francés, recordándome la sangre y las lágrimas de nuestra gloriosa guerra de Independencia: á la izquierda, blanca, gigantesca, hermosísima, la Sierra Nevada, en que he fijado un millón de veces desde mi infancia la mirada abstraída en no sé qué sueños, en no sé qué presentimientos.

Mas abajo, mucho mas allá, á tiro de fusil, el rojizo fondo del valle de la Haza de la Escaramuza, triste y árido, del que yo digo en un romance inédito.

Hay un valle pedregoso escondido entre dos cerros, donde nunca brotan flores y por do jamás corrieron mas que los turbios raudales de las lluvias del invierno. Nunca allí la alegre danza do gira campestre, al eco dió la sencilla armonía del dulce canto del pueblo que guarda del triste moro el corazón y el acento: ni allí el cantor de los bosques turbó el nocturno silencio á las auras entregando su enamorado gorgo.

Bien comprendió la tristeza quien puso allí un cementerio de negra tapia cercado, de negras cruces cubierto.

La puerta de mi Granada es ya para mí el siniestro pedregoso triste valle en donde duermen los muertos; que allí á mi madre del alma sumida en el sueño denso de la eternidad sombría convertida en polvo tengo.

Y allí tambien recientemente mi padre, allí mis amigos de la juventud, allí la primera mujer que me hizo sentir esa fiebre del alma que se llama amor.

A mis piés, Generalife, el de las pasadas zambras, el de los eternos laureles, el de las leyendas de amores, con su altísimo *Ciprés de la sultana*, con sus cascadas, con sus fuentes, con sus verdes galerías, con sus aposentos labrados, con sus frescos bosquecillos, donde he dormido tantas calurosas siestas de verano.

Mas abajo la Alhambra á vista de pájaro, con sus torres, sus muros y sus jardines: la Alhambra que tanto me conoce, á quien tanto conozco yo.

Después la ciudad, descendiendo en anfiteatro, donde están la calle y el hogar donde he vivido, donde mis padres han muerto; el templo donde heorado; el altar donde me he unido á una dulce compañera; el aula donde he estudiado, y el teatro donde se ha representado mi primer drama.

Mas allá la deliciosa *Vega*, con sus mil colores, con sus mil encantos, con sus blancas aldeas, con su azul barrera de montañas.

A la derecha el valle del Darro, con sus cármenes deliciosos: por cima el Albaicin, por entre cuyas estrechas callejas me perdía yo, embozado en mi capa, durante las nubladas tardes de invierno, buscando lo pasado, lo romanesco, lo embellecido por la imaginación y por el tiempo.

Un tesoro en fin de recuerdos, de sensaciones, de amores muertos, de esperanzas desvanecidas, de ambiciones realizadas.

La novela de mi vida (como hoy se dice) saltando para mí de todas partes: del castillo, de la calle, del templo, del cementerio, de la vega, de las montañas.

Todo un mundo, en fin, en el cual me encontraría forastero; donde vería mi hogar ocupado por otra familia, y tal vez en almoneda el lecho de muerte de mis padres.

Un lugar en donde nadie me conocería, nadie mas que la Alhambra y algunos amigos tan tristes y tan desgraciados como yo, que vegetan entre jardines.

## XV.

Perdonadme la pasada digresión.

Es la primera vez que al hablar al público le hablo de mí mismo.

Pero al ocuparme para el público de la Alhambra he recordado mucho, he sentido mucho y no he podido hacerme fuerte contra una dolorosa necesidad de expansión.

Y luego: los asiduos lectores de un escritor ¿no son hasta cierto punto sus amigos?

Perdonadme, pues, y en el número siguiente volveremos á ocuparnos de la Alhambra.

(Se continuará.)

MANUEL FERNANDEZ Y GONZALEZ.

## UNA REALIDAD EN UN SUEÑO.

—¿Y qué resultó de vuestra segunda entrevista?

—¿Qué habia de resultar? ¿No lo adivinas?

—No.

—Me enamoré de ella perdidamente. Voy á describirte p por p y a por a todas sus perfecciones para que después me digas con franqueza qué hubiera hecho, hallándose en mi lugar, el hombre mas indiferente á los encantos del amor.

Era Catalina de treinta años de edad, estatura regular, cintura delicada, esbelta y airosa; su boca de piñon, sus labios de grana, su dentadura menuda, blanquísima y simétrica; el color de sus mejillas el de una rosa que principia á abrirse; su cutis suave y trasparente, los cabellos rubios como el oro; los ojos azules y penetrantes. Tenia, ademas, esos modales elegantes, ese no sé qué seductor de las madrileñas que atrae y arrebató.

Amable, sin afectación ni melindres, con todos los que la trataban; virtuosa sin hipocresía, y dotada de un talento y de una discreción notables. Pero no era solamente lo dicho lo que la distinguía de mil otras personas de su sexo: poseía, ademas del castellano, el francés, el alemán y el italiano; montaba á caballo como una amazona, y tiraba el florete como un consumado maestro de esgrima, sin contar con que en las labores y habilidades propias de su sexo me referían de ella prodigios.

Yo estaba que no cabia en mí de orgullo, considerándome dueño de un tesoro de tal valía, y mi orgullo era tanto mas fundado cuanto que Catalina habia despreciado anteriormente, segun ella, cien ventajosísimas colocaciones. En fin, amigo, el amor me pescó, me cogió en sus redes, me traspasó el corazón con su mas aguda flecha, y aunque enemigo acérrimo del matrimonio... en las conversaciones de café, al mes de relaciones con ella tuve que capitular y entregarme á discreción.

Me casé, pues, amigo, sin acordarme de mis antiguas ideas. Muchas personas concurrieron por la noche al baile y concierto con que las obsequiamos. ¿Soberbia orquesta! ¿qué cantar de señoritas! ¿Ni los ruiseñores! ¿qué de polkas y redowas! No se bailan mas en Capellanes por carnaval. ¿Pues qué diré de los dulces y los helados que se consumieron? ¿No parecía sino que aquellas benditas gentes no se habian desayunado en un mes!

Acabóse la función, fuéronse los convidados, y nos quedamos solos Catalina y yo, como dos tortolitos, piropeándonos mutuamente:

Por la mañana, á cosa de las once, abrí los ojos y no pude menos de gritar de repente, echándome fuera de la cama casi desnudo:

—¡Catalina! ¡Catalina!

Al oír mis descompasadas voces, levantóse lentamente de la cama un bulto, una especie de esqueleto que luego se fue acercando con cierta gravedad á mí, llamándome con voz gangosa y repitiendo:

—¿Qué me quieres, hijo mio?

Quedéme estupefacto, medio alelado al contemplar la vision que delante de mí estaba y que me amenazaba con sus caricias de espectro.

Era la vision una momia como de cincuenta años, arrugada como una pasa, con los carrillos chupados, desdentada, calva, tuerta, algo corcobada, escurrida, ojorosa y nauseabunda.

Los magníficos muebles de la noche anterior habian desaparecido, quedando en su lugar únicamente una mesa vieja de pino, un velon de hoja de lata abollado, seis sillas de Vitoria casi inservibles, la historia del *Hijo prodigo*, pintarrajeada con colores alarmantes, y unos fanales que contenian unas cuantas flores de mano, del tiempo, cuando menos, de la guerra de la Independencia.

Yo no me atrevia á dar crédito á mis sentidos; dudaba de todo lo que viendo estaba, y atribuíalo á un sueño que aun no habia abandonado mi imaginación. Pero sueño ó realidad, me estremecía la vision aquella que, después de un rato, vino á sentarse á mi lado, y me dijo:

—Queridito mio, hermoso de mi alma, soy tu Catalina, el ídolo de tu corazón, tu bella esposa. ¿No me conoces? ¡Ah! ¡ingrato!

Y estrechaba mis manos entre las suyas, heladas como si fuesen de carámbano, y sonoras como un manojito de descarnados huesos. Frecuentes escalofríos, que alternaban con sudores y llamaradas de calor al rostro, recorrían todo mi cuerpo, y mis piernas temblaban, y una especie de vértigo oscurecía mi vista.

La momia continuó sin alterarse.

Te figurarás que soy, cuando menos, alguna pobre bruja, alguna ánima del otro mundo, ó algun espectro que sale de su tumba vestido con los secos andrajos de su piel. No, ¡corazón mio! Soy Catalina, tu Catalina,

aquella Catalina á quien tanto amabas y con quien tenias encatalinado á todo el mundo; soy el embeleso de tus ojos, la luz de tu vida, el faro, como decias, de tu destino.

—¡Oh! ¡calla! ¡calla!—la dije.

—He querido—prosiguió—darte una leccioncita. á tí que en los corrillos de amigos despreciabas el matrimonio y te reias del poder del amor, á tí, apóstol de la Puerta del Sol, de la calle de la Montera, del Prado y del Suizo.

Después de estas palabras sacó de debajo de la cama una caja de caoba, y abriéndola continuó, sonriéndose:

—Yo soy un alma sin cuerpo, porque mis huesos no son ni la sombra de un cuerpo. ¿Quieres ver donde está todo el lujo, toda la esplendidez, toda la soberbia de mi celebrada hermosura? Abriré esta caja. Mira: un ojo de cristal, porque soy tuerta; el color de la perfumería que daba frescura, suavidad y vida á mis carnes flojas y muertas; los dientes y las muelas que disimulaban el hundimiento de mis carrillos; ¡Oh! forman una pieza maestra, son casi una dentadura completa; aquí tienes la peluca que cubria este cráneo casi pelado como una calabaza; aquí el corsé preparado para ocultar, con todo este aparato de algodón en rama, las deformidades de mi tronco, y abultar el pecho, raso como una tabla. En fin, ahí tienes colgados los miriñaques con que abulto y redondeo mis caderas.

—¡Por fuerza estoy soñando! No puedo creer...

—¿Qué has de estar soñando, corderito? Creelo; esto, y no mas era tu encantadora Catalina, hermosa y juventud en apariencia, vejez y fealdad realmente, ángel anoche, y hoy demonio. ¡Mira que adornada está la habitación!... ¡Qué cortinajes! ¡qué lecho tan suntuoso! ¡sillería régia! ¡Cuadros dignos de un Museo! Anoche, mientras dormias á pierna suelta, merced al opio que tomaste en una copa de Champagne, dos mujeres y yo despojamos la sala y la alcoba de los adornos que la enriquecian, y cuyo alquiler me habia costado buenos cuartos. ¡Me creias rica!... Sabe, pues, que no tengo ni un maravedí. ¡Me considerabas como mujer de talento! ¡Qué chasco, hijo mio! Es que he tenido una existencia borrascosa viéndome sola é independiente; he recorrido la Alemania, la Francia y la Italia, y mis viajes, y mi experiencia me han enseñado mucho mas de lo que á otras suelen enseñarles los libros. Tú, que tanto declamabas contra mi sexo y contra el amor, y que te preciabas de conocer el mundo, llévate esta palmeta y aprende á conocerlo mejor. Muchas, muchísimas de las que ves y tratas en Madrid, son como yo, mentiras andando, y nada mas, píldoras amargas doradas estraordinariamente, candidas palomas al parecer, y en verdad aves de rapiña.

—¡Mientes! ¡mientes! huiré de tí bruja maldita.

—¡Quiá! basta que muera me tendrás á tu lado, pegadita á tí, como una garrapata, como una oblea, para eso me he casado contigo, para eso el cura nos echó la bendición; comeremos juntos, saldremos juntos á paseo, juntos nos verán en el teatro, y en la calle, y en todas partes. ¡Qué vida tan alegre vamos á pasar!

¿Verdad que sí, ídolo mio?

Y esto diciendo aplicó sus arrugados y secos labios á mi frente; y al quererme yo retirar, para que la vision no me tocara otra vez, di tan fuerte golpe con la cabeza en la pared de mi alcoba, que disperté, quejándome como si hubiera recibido un balazo. ¡Mira si el tal sueño ha sido agradable! Pero ¡qué demonio de vieja! Si me parece que todavia la estoy viendo!

VENTURA RUIZ AGUILERA.

## LOS CABELLOS DE LUISA (1).

## LEYENDA.

## II.

## CUADRO DE FAMILIA.

(CONTINUACION.)

Un domingo entró el guarda en su casa mas temprano que de costumbre: su hermana, planchaba á la sazón la camisa que le preparaba para aquel día y el viejo Pablo, sentado en un sillón de brazos acariciaba al gigantesco perro, que corrió hácia el jóven, moviendo amistosamente la cola y bajando la cabeza.

Las mejillas de Luisa se tiñeron de púrpura: no esperaba á su hermano hasta dentro de tres ó cuatro horas y al ser sorprendida en aquella doméstica tarea, fue tan grande su turbación, que se quemó la estremidad de un dedo con la plancha. El dolor la hizo estremecerse y sus mal prendidas trenzas, libertándose de la cinta que las aprisionaba, cayeron en desorden sobre sus espaldas, haciéndolas desaparecer bajo la lluvia de cabellos que las inundaron.

Entonces el representante de la raza canina, abandonó al recién venido y cerrando los ojos fué á hundir su hocico en las ondas de pelo que flotaban en torno de

(1) Por un olvido involuntario dejó de colocarse el encabezamiento de esta leyenda en el número anterior y se puso el epígrafe del artículo primero *Circumloquios ad hoc* como título.



EL SEGUNDO GOBERNADOR DE FEZ, PARLAMENTARIO DE MULEY-EL-ABBAS.

Luisa, acostumbrado, sin duda, á que le permitiesen jugar con los encantos de su dueña.

—Buenos días, padre mio, exclamó Tomás abrazando á Pablo, sin advertir siquiera el daño que acababa de hacer.—Ola, Clavel, prosiguió, correspondiendo al saludo del mastin, que solo tuvo ahora por conveniente, abrir los ojos al través de las sedosas y lucientes hebras que envolvian su enorme cabeza—y tú, Luisa, siempre trabajando, añadió acercándose á su hermana, despues de haber depositado en manos de su padre, unas cuantas monedas de plata.

—¿Qué novedad es esta? preguntó la jóven dando el último toque á su faena y con cierto aire de afable reconvenccion.—Si hoy no te hubieses adelantado, nada echarias de menos; pero el temporal de esta semana y la enfermedad del señor Andrés, á quien he tenido que visitar dos veces al día, me impidieron cuidar de tu ropa.

—Vamos, mujer, no me riñas ni pongas un gesto tan severo, que ya miro terminada la importante operacion del planchado de mi camisa, motivo de impaciencia.—¿y sabes que te convendria enfadarte á menudo? Adquieren tus ojos una expresion de majestad que te sienta á las mil maravillas, ¿verdad, padre? Cuenta desde ahora con que he de hacerte rabiar muchas veces.

—Ya se ve, ¡como á tí no te duele! replicó Luisa con ademán picaresco, presentando su dedo quemado á la lengua del mastin que comprendió al momento el papel que le tocaba desempeñar en semejante caso.

—Perdóname, hermana mia, respondió Tomás, informado del leve accidente de Luisa, he sido injusto contigo. Te quejabas con razon de que hubiese alterado mi costumbre, pero tienes al doctor en casa y él remediará el mal que te ocasiono.—Cuidado, señor Clavel, con lo que hacemos. Es preciso sanar pronto á tu ama, para que haga las paces conmigo.

El perro lamia pulcramente la mano de Luisa, que al oír las palabras de su hermano, estendió hácia él la otra, sonriendo de placer y Tomás se precipitó en sus brazos.

El anciano contemplaba aquel grupo con indecible ternura.

—Decid, padre mio, parece que está enfermo el buen señor Andrés, ¿peligra acaso su vida?

—Es ya tan viejo y la ciencia tan jóven á pesar de su antigüedad, que solo Dios podrá salvarlo, contestó Pablo en tono sentencioso.

—¡Pobre señor Andrés! Pero me voy entreteniendo demasiado, dijo el jóven y necesito volver en seguida á la quinta. Las órdenes son apremiantes.

—¿Qué ha sucedido? exclamaron á un tiempo padre é hija con acento de sobresalto.

—Ahí es nada.—Que hoy llega la señora condesa y debe recibirla su inmediata servidumbre.

—Pues ve Tomás y no hagas falta, la obligacion antes que todo, dijo Pablo.

—Ahí tienes añadió Luisa, es la única prenda que no estaba en la silla de tu cuarto.

Y entregó á su hermano la camisa recién planchada. Pocos instantes bastaron al jóven para ataviarse con su ropa limpia y abrazando de nuevo á su padre y á Luisa, se despidió hasta el próximo domingo, no sin haber dado antes unas cuantas palmadas en el hocico de Clavel, que le acompañó hasta la puerta.

## III.

## UNA MUJER CALVA.

Sobre una pequeña eminencia y dominando el valle como soberana del país, estaba la casa de campo de la condesa de C., distante alguna media legua de la aldea.

Una calle de mústios sauces guiaba desde la plaza del lugar al pórtico de la quinta.

Ensanchándose circularmente los árboles en este sitio proyectaban una especie de glorieta, en cuyo centro y frente al pórtico, elevábase cual fatídico centinela de aquellas agrestes soledades un colosal mausoleo de bruñido jaspe negro, cercado por una verja de hierro.

Este monumento, que la vanidad caprichosa de los señores de C. había erigido para panteon de su ilustre descendencia, dió sin duda origen al nombre de *Tumba*

*negra*, con que se conocia vulgarmente la casa de campo.

Vamos ahora, previo el beneplácito de los lectores, á presentar en escena á la condesa, puesto que le conferimos, ó mas bien se le confiere uno de los principales papeles del drama.

A los pocos dias de su llegada á la quinta hallábase nuestra heroína (de este capítulo al menos) encerrada en su gabinete y entretenida en una ocupacion para cuyo desempeño no hacia intervenir otras manos que las suyas, á pesar de la falange doméstica que á todas partes la acompañaba.

Esta ocupacion se reducía al simple peinado de sus cabellos.

Frisaba la condesa en los cuarenta agostos, aunque su figura grave y desahucada le daba un exterior mas avejentado.

Alta, delgada, pálida, con la frente hundida, los pómulos salientes y la nariz roma; sus ojos de un azul ceniciento, pero turbio y apagado, coronados de desiguales y pobladas cejas que prolongándose hacia adentro, llegaban á juntarse, marcando á guisa de entrecejo perpétuo una imperfecta línea gris que dividía horizontalmente su rostro, la estremada longitud de su puntiaguda barba y el rubio bozo que sombreaba su labio superior, ligeramente contraído, daban á la condesa la apariencia de una de esas creaciones que el genio de la pintura coloca en los cuadros del infierno para trazar la repugnante imagen de los réprobos.

Una enfermedad que la condujo al borde del sepulcro, en los primeros años de su vida, habia hecho caer todo su cabello, sin que los mas recomendables y encomiados específicos, hubieran conseguido hasta entonces reparar la sensible pérdida que deploraba, y que contribuía á exasperar su irascible é impetuoso carácter en términos que sus criados temblaban de piés á cabeza al oír la voz de su señora algo mas alterada que de costumbre.

Sin embargo, á fuerza de unturas y fricciones y de una constancia de luengos años, habia logrado hacer brotar un claro y tísico vello que cuidaba con el afán de una solícita madre por las gracias de su hijo, con el esmero de una niña por los primeros retoños de los claveles de sus macetas; pero como este escaso vello, no

cubria aun toda la parte superior de su persona; dejándola enteramente calva por algunos sitios, tenia necesidad de ocultar á la vista del público semejantes lunares, con una gorra de seda que ceñía su rostro como el mongil de las religiosas.

A pesar de sus pingües bienes, anzuelo de infalible pesca para los tiburones mas refractarios á la coyunda, ningun pretendiente se habia lanzado á solicitar la posesion de la condesa, durante la vida de sus padres, ni despues de hallarse huérfana; y como su excesivo amor propio, último sintoma de la existencia de muchos seres, hacia estribar en su pelada cúspide, la causa de la indiferencia masculina, un solo pensamiento, un vivo anhelo imperioso, constante, inmenso, preocupaba su ánimo á todas horas, atormentándole mas y mas cada día, y gravándose en su imaginacion con creciente fuerza, á medida que trascurrían lentos é inexorables los años, arrastrándola insensiblemente á esa edad problemática, exordio de la vejez, que nunca llega para ciertas doncellas acartonadas, si hemos de dar asenso á sus palabras, aunque estén en el epílogo de sus encantos.

Este pensamiento era procurarse á cualquier precio aquel adorno natural de que se veía despojada para volver al mundo, cuyo trato le hizo abandonar bien á pesar suyo un exceso de orgullo, fácil de comprender.

Pero se me dirá y con razon:—Y los peluqueros ¿cómo no agotaban los recursos de su arte en remediar el desperfecto de la condesa, ó es que no habia llegado aun á la categoría de arte el oficio del peine y las tijeras?

JOSÉ J. SOLER DE LAFUENTE.

(Se continuará.)

DIRECTOR, D. J. GASPAR.

EDITOR RESPONSABLE D. JOSÉ ROIG.—IMP. DE GASPAR Y ROIG, EDITORES. MADRID: PRÍNCIPE, 4. 1860.